LA CAMPANA VENGADORA.

drama en tres actos y en prosa,

ARREGLADO Y REFUNDIDO DEL FRANCÉS

POR

D. LAUREANO SANCHEZ GARAY.

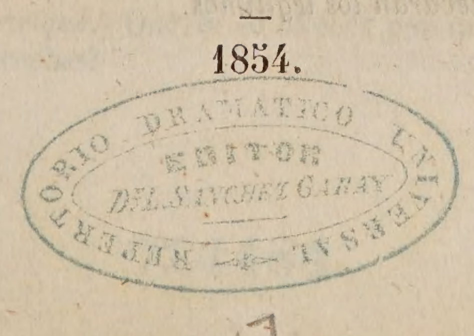
Para representarse en el teatro de la Cruz, en el presente año de 1854.



MADRID.
Imprenta á cargo de JOAQUIN RENÉ. — *Travesía de la Parada, número 8, cuarto bajo.*

—

1854.



PERSONAJES.

EL CONDE DE QUELUS.
LUIS, *su sobrino.*
MARGARITA, *su hija.*
EL BARON DE SAINT-LUC, *amigo suyo.*
D' ALBERON y
LABARDIN, *gentiles hombres protestantes.*
CLAUDIO HONORAT, *sacerdote protestante.*
ENRIQUE, *paje, de 17 años de edad.*

La escena pasa en Francia en el año 1572.

ACTO PRIMERO.

Sala en el palacio de Quelús; puerta en el fondo y dos laterales: en la pared grandes retratos de guerreros y damas. Se oye música de un baile, y por el fondo se vé un salon iluminado por el que circulan máscaras.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, D' ALBERON *y* LABARDIN, *con dominós negros y caretas,* ENRIQUE *los sigue.*

LABAR. Por aqui, Luis, por aqui; veo que si no sales de la sala de baile no vas á poder ser dueño de tí; tal es la influencia que ejerce sobre tu corazon la presencia de tu bella prima; sobre todo, es preciso que no te conozcan.

LUIS. Como querais, soy vuestro; sin embargo convendreis conmigo en que Margarita está cada vez mas encantadora.

ALBERON. (*Señalando á Enrique.*) Silencio, que nos espian.

LABAR. (*A Enrique.*) Qué te se ofrece? por qué nos sigues y nos acechas?

ENRIQUE. Señores, espero me direis quiénes sois; tal es mi encargo.

ALBERON. Muy mal llena el conde de Quelús los deberes de la hospitalidad. Quiénes somos? Se ha dirigido nunca semejante pregunta á las personas que se convida á una reunion?

ENRIQUE. Necesito saberlo, porque mi señor lo manda así, ó sino quitaos las caretas.

ALBERON. Pues dí á tu señor, que yo el baron de...

LUIS. (*Bajo á D' Alberon.*) En nombre del cielo, que me vas á comprometer!

LABAR. (*Lo mismo.*) Dejadme á mí. (*Al paje.*) Creo que vuestra pregunta será una broma, puesto que el mismo conde de Quelús ha estrechado nuestra mano al entrar en el salon; sin embargo sabed que somos tres gentiles hombres católicos. (*Movimiento de D' Alberon, Labardin le dice bajo.*) Ya os he dicho que me dejeis. (*Alto á Enrique.*) Pues como os decia, somos buenos católicos que conservamos el incógnito por cumplir un voto que hemos hecho. Si esto no os satisface ,escuchad. (*Habla al oido al paje que despues de saludar se retira.*)

ESCENA II.

D' ALBERON, LUIS Y LABARDIN.

LABAR. (*Descubriéndose.*) Al fin logré alejarle!

ALBERON. (*Lo mismo.*) Qué le has dicho?

LABAR. Los nombres de los tres primeros católicos que se me han puesto en la mente.

LUIS. (*Descubriéndose.*) Te has atrevido?

ALBERON. Yo pasar por un católico?

LABAR. Y qué tiene de particular? Tanto los odio yo como tú, por eso mismo los engaño y me burlo de ellos. Por Juan Calvino, que ya somos dueños del campo!

LUIS. Héme ya en la casa de mi tio donde fuí educado con Margarita; donde los dos, todavia niños, formabamos proyectos de felicidad que nunca podrán realizarse. Tres años han trascurrido y mis sueños desaparecieron. No mas ilusiones, no mas creencias en el porvenir.

LABAR. Por qué causa?

LUIS. Porque la religion nos separó para siempre; porque yo era católico como ella y á vosotros amigos mios, y sobre todo á Claudio Honorat, nuestro respetable ministro, debo la nueva profesion de fé... Pero qué diran mi tio el conde de Quelús que tanto se esmeró en mi educacion, y mi prima Margarita á quien juré hacer mi esposa? Lo que yo creo una buena accion, ellos la llamarán apostasía, crímen!.. Oh! por eso me he introducido en esta casa bajo este disfraz, porque no quiero ser arrojado de ella como un criminal, como un villano. Oh! Margarita, adios para siempre, porque un mundo de fé y de creencias nos separa! Amigos mios, perdonad mi debilidad al recordar á Margarita; bien conoceis mi valor, cien veces he desafiado á la muerte con frente serena, y si lloro en este instante, mis lágrimas son de amor, no de pesar.

ALBERON. Por qué, pues, si conocias eso no te has evitado ese disgusto, retrayéndote presenciar una fiesta ofensiva é insultante para todo buen protestante?

LABAR. D' Alberon, Luis ha hecho muy bien en conducirnos á este baile donde me he divertidc infinito, poniendo en ridículo á esos católicos que detesto.

ALBERON. Labardin, la alegría y el placer son propios de un hugonote.

LABAR. No me comprendes; si rio y me divierto es solamente por caridad cristiana; qué seria del pobre Luis si no tuviese á su lado á nadie mas que á tí para que le consolase en sus aflicciones? Tú que eres tan austero y severo que no perdonas la menor debilidad humana. Reprenderás á Luis porque ha venido á ver á su prima, al paso que yo lo celebro por interés de nuestra religion, porque digo para mí: él la ama y ella tambien ha jurado ser su esposa, asi es que nada hay mas fácil que conseguir que Margarita se convierta á la fé de Juan Calvino.

LUIS. Qué dices? Margarita pertenecer á nuestra comunion?

ALBERON. Está loco?

LABAR. Tal vez; pero qué quereis, un loco dá á veces consejos muy saludables, y si Luis sigue los mios triunfará de Margarita, la hará protestante y esposa suya.

LUIS. No me atrevo á esperarlo... Pero quién es ese hombre que se acerca?

LABAR. Silencio! es el baron de Saint-Luc, capitan de guardias de la reina madre.

ALBERON. Uno de nuestros mas crueles enemigos.

LUIS. Viene con el paje que nos interrogaba, observemos. (*Se ponen las caretas.*)

ESCENA III.

DICHOS, SAINT-LUC *y* ENRIQUE *por el fondo.*

SAINT. (*A Enrique.*) Está bien, retírate. (*Ap.*) Introducirse con nombres supuestos!.. Quiénes podrán ser estos hombres. (*Baja lentamente á la escena.*)

LABAR. (*Ap. á los otros.*) El espionaje comienza de nuevo.

ALBERON. (*A Luis.*) Tu enemigo personal se acerca, se vanagloría públicamente de que en breve obtendrá la mano de tu prima Margarita.

LUIS. (*Sobresaltado.*) El, esposo de Margarita?

LABAR. (*A Saint-Luc con ironia.*) Nos tenemos por muy dichosos con ser objeto del interés del noble baron de Saint-Luc.

SAINT. (*Picado.*) Veo, señores, que abusais del privilegio que os concede este baile, y no es nada generoso me tomeis por blanco de vuestras burlas; porque yo me acerco con el rostro descubierto, al paso que vosotros os habeis introducido en esta casa con la cara encubierta. Si uno solo de vosotros se descubre, veré en qué tono y de qué modo debo contestarle.

LUIS. Baron de Saint-Luc, bástete saber que el que te habla es tu mas mortal enemigo.

ALBERON. Yo tambien te odio de muerte.

LABAR. Y yo me burlo de tí.

SAINT. (*Llevando la mano á la espada.*) Miserables!

LUIS. Yo he sido el primero que te ha ofendido, y por lo tanto deseo ser el primero que mida mi espada con la tuya.

SAINT. (*Acercándose á Luis despues de mirarle.*) Está bien; tú serás mi primer adversario, consiento en ello. Escuchad, pues: tú que eres mi enemigo mortal, tú que me odias de muerte y tú que te burlas de mí, cualquiera que seais los tres, debeis saber que el baron de Saint-Luc, jamás retrocedió ante un combate cualquiera que

fuesen las condiciones y desventajas que llevase; por consiguiente no os estrañeis que os diga, que si bien acepto vuestros retos, no me es posible en el dia llevarlos á efecto.

LUIS. Por qué?

SAINT. Porque acabo de hacer un juramento.

LOS TRES. Un juramento!

SAINT. Vosotros que sois buenos católicos, segun habeis dicho, comprendereis la obligacion que me he impuesto.

LUIS. Y cuál es ese juramento!

SAINT. Su Magestad la reina madre me ha hecho jurar por las cenizas de San Dionisio nuestro patron que me abstendré de todo combate ó disputa hasta tanto que me releve de dicho juramento.

LUIS. Está bien, señor Capitan; esperaremos ese dia aunque con impaciencia.

SAINT. Tranquilizaos, porque yo rogaré á Dios y á su Majestad la reina madre porque la prohibicion termine cuanto antes.

LUIS. Asi lo esperamos.

SAINT. Y puesto que nos hemos de batir frente á frente como es ley de caballeros, permitidme que sepa para entonces quiénes son mis adversarios. (*Van á descubrirse, y en el fondo aparece el Conde que oye las últimas palabras.*)

ESCENA IV.

DICHOS *y el* CONDE *de* QUELÚS.

CONDE. (*A Saint-Luc.*) No tal, amigo mio, no quiero que se moleste á nadie de los que vienen á honrar mi casa.

LABAR. (*Ap.*) El Conde de Quelús!

LUIS. Mi tio!

CONDE. Quien quiera que sean estos caballeros, son mis convidados, y puesto que rehusan descubrirse nadie tiene derecho á exijírselo. Siento en el alma el celo inconsiderado de mi paje que ha traspasado mis órdenes preguntando á estos señores quién son y cómo se llaman. Doy un baile de máscaras y los que recibo en él podrán faltar á la confianza que les dispenso sin que por eso me

crea autorizado á faltarles yo en las consideraciones que les debo por mi posicion y principios.

LUIS. (*Bajo á Saint-Luc.*) Descuidad que en breve me conocereis.

ALBERON. Lo mismo os digo.

LABAR. (*Riendo.*) Me hallo en el mismo caso. (*Vánse por la derecha despues de saludar profundamente al Conde.*)

ESCENA V.

EL CONDE, SAINT-LUC.

CONDE. Señor Baron, me habeis pedido una entrevista secreta, y aquí me teneis.

SAINT. Cómo, no me habeis adivinado? No habeis visto mi turbacion y mi emocion al lado de nuestra hija? Qué, me quereis obligar á mí, hombre grave, que solo sé manejar la espada, á deciros que amo á Margarita con el mas ardiente entusiasmo?

CONDE. Detenéos, señor baron: apesar de la gran amistad que os profeso no puedo acceder á vuestra damanda. La mano de mi hija está prometida á su primo el caballero Luis de Nangis hace mucho tiempo.

SAINT. Al caballero de Nangis, habeis dicho?

CONDE. Es una union de familia convenida desde que eran niños. Lo esperamos de un dia á otro para presentarle yo mismo en la córte. La penosa enfermedad de mi hermana, la madre de mi sobrino, que desgraciadamente falleció hace un año, le ha detenido mas tiempo del que hubiéramos deseado. Entregado Luis en un todo á la pena de haber perdido una madre idolatrada, no ha consentido en ver á nadie ni en darnos noticia de su persona mas que una sola vez. Ahora que ha dado treguas á su dolor, lo esperamos muy en breve.

SAINT. (*Ap.*) Luis de Nangis! Oh! mis sospechas fueron fundadas. (*Viendo entrar á Margarita.*) Aqui está Margarita.

ESCENA VI.

Dichos *y* Margarita.

Conde. Tú aquí, hija mia?

Marg. Vengo á que admireis mi tocado, padre mio.

Conde. Te ocupas demasiado de esas fruslerias y sabes que no me agradan.

Marg. Qué severo estais hoy conmigo! y vos, qué me decis señor Baron?

Saint. Que soy de la opinion de vuestro padre.

Marg. Tambien vos! Semejante descortesía es propia únicamente de un hugonote, los cuales hacen gala de condenar el tiempo que una jóven invierte en sus adornos. Cuidado con que seais asi, porque entonces os confundiré con esos condenados de hereges.

Saint. Segun eso, no quereis á los hugonotes?

Marg. Los detesto con toda mi alma, porque han causado la desgracia de mi familia.

Saint. De modo que no querriais ser esposa de ninguno?

Marg. Antes prefiero un convento.

Saint. Y si ese hugonote fuese mas gallardo que Mr. de Selves y mas valiente que D'Artagnan?

Marg. Aunque fuese una idealidad! quiero para esposo un hombre católico y amable.

Saint. Y si ardiese en un amor puro por vos?

Marg. Le dejaria arder eternamente; tal es el destino de los impios.

Saint. Siendo así, no os disgustará lo que os voy á referir. Sabed que no es solo el palacio de Quelús en donde esta noche brillan las luces á traves de los pintados cristales para anunciar á los curiosos transeuntes la solemnidad de una fnncion... No muy lejos de aquí, á las orillas del Sena, acabo de ver otro palacio; cuyos cristales reflejaban centenares de luces; tambien allí arden hachones de brillantes llamas... solo que los de allí, son cirios fúnebres que en vez de dar vista y realce á la gala y á la hermosura como aquí, únicamente atraen la atencion hácia un cuerpo inerte, hácia el cadáver de Juana D'Albret, reina herética de Navarra.

Conde. Una reina herética en la tumba; y un baile de máscaras

en el palacio de Quelús, soberbio contraste, señor Baron, digna de mencion ha de ser la noche del nueve de junio de mil quinientos setenta y dos.

SAINT. Aun habeis de tener otra noche mas célebre.

CONDE. Es verdad; la noche en que me haga justicia con mi propia mano.

MARG. Desechad esas ideas de venganza, que acuden á vuestra mente para disgustaros y escitar vuestra cólera, y olvidemos siquiera por hoy, que entre nosotros existen hugonotes.

CONDE. Eso es lo que deseo, hija mia; pero á mí pesar se agolpan en mi imaginacion mil funestos presentimientos, y sino hubiese sido porque me habrian juzgado débil y cobarde hubiera suspendido una funcion que la sola tardanza de mi sobrino convierte en noche de tortura y ansiedad.

SAINT. Perdonad, querido Conde, que aumente vuestra incertidumbre; pero esta mañana al pasar por el Hotel de Navarra, punto de reunion de todos los gentiles hombres del culto reformista, he creido oir el apellido de vuestro sobrino.

MARG. Qué decis! mi primo, mi esposo confundido con esos miserables?

CONDE. Luis de Nangis convertido á la herejia? Os equivocais, es imposible!

SAINT. Fácil os es averiguar la verdad; enviad á vuestro paje al Hotel de Navarra.

MARG. Oh! no hay necesidad, porque vos no conoceis á mi primo, no es verdad, padre mio, que el señor Baron se engaña?

SAINT. (*Ap.*) Con qué calor le defiende!

CONDE. Es verdad, hija mia, no debemos hacer tal ultrage al hijo de mi hermana. Deseo que se presente cuanto antes y se vindique de tales sospechas! Mira, Margarita, impacientes por no vernos en el salon, vienen ya en nuestra busca. (*Aparecen varias personas en el fondo.*)

MARG. Padre mio, escusadme un instante.

CONDE. (*A Saint-Luc.*) Venis conmigo, señor Baron?

SAINT. Como gusteis. (*Vánse por el fondo.*)

ESCENA VII.

MARGARITA.

Oh! es imposible que Luis forme parte de esa infame secta de herejes; no puede ser. El Baron ha mentido y lo ha infamado vilmente. Cuánto aborrezco á ese hombre; infama á Luis para lograr mi amor, pero nunca lo conseguirá, primero moriré. Sí, sí, esas sospechas vendrá á destruirlas el mismo Luis... Pero cuánto tarda! Si me habrá olvidado el ingrato? es imposible, olvidar el juramento de hacerme su esposa? Dios mio, Dios mio! esta incertidumbre me mata... Si serán ciertas las palabras del Baron? si habrá adjurado de su religion por pertenecer á esa desdichada secta de protestantes? El hombre que falta al juramento hecho á su esposa es capaz de todo. Si asi fuese, jamás le perdonaria. (*Luis aparece por la derecha y oye las últimas palabras de Margarita.*)

ESCENA VIII.

MARGARITA, LUIS.

LUIS. Con que jamás?

MARG. Ah! sois vos?.. digo, no, eres tú Luis mio? cómo vienes con ese traje á un baile sin avisarme? ingrato, cuánto me alegro que vengas á justificarte de las viles calumnias de que eres objeto.

LUIS. Justificarme, Margarita!

MARG. Por qué no?

LUIS. Porque los motivos de mi dilatada ausencia han sido...

MARG. (*Con ansiedad.*) Habla, habla! dí que no son ciertas las voces que han corrido en esta sala.

LUIS. Que no son ciertas? Oh! Margarita te engañas.

MARG. Cielos, qué oigo?

LUIS. Que soy lo que llamais un hereje!

MARG. (*Retrocediendo.*) Oh! alejaos de mí, huid de aquí pronto. No quiero veros, vuestra presencia me causa espanto. (*Llora.*) Pero qué haceis aquí, por qué no huis para siempre?

LUIS. (*Con amargura.*) Está bien, Margarita, partiré para siempre. (*Se dirige al fondo.*)

MARG. Dónde vais?

LUIS. Al salon, deseo obedeceros, no importunaros...

MARG. Y os vais al salon donde se halla mi padre! quereis que os reconozca vuestro tio, el hombre mas inflexible que existe? Oh! quedaos aquí, que no os vea.

LUIS. (*Queriendo abrazarla.*) Margarita, Margarita!

MARG. (*Rechazándole.*) Os prohibo que me hableis de amor; un mundo de creencias nos separa para siempre, y no debo escucharos, ni aun miraros. (*Pausa durante la cual se contemplan.*) Quién al verle dirá que es un apóstata; su rostro no ha cambiado, la espresion de sus ojos es la misma. Oh! qué digo, aun creo que está mas galan que cuando salió de aquí. Quizá no hayan echado raices en su corazon los sentimientos anticatólicos, y mis ruegos, mi amor podrán convertirle de nuevo; probémoslo, se hallan interesados en ello mi felicidad y su salvacion. (*Llamándole.*) Luis.

LUIS. (*Acercándose y besándola la mano.*) Prima mia!

MARG. No se trata ahora de eso, quiero hablarte de cosas muy sérias; quiero que reconozcas tus errores y que vuelvas de nuevo á la fé de nuestros mayores.

LUIS. Imposible!

MARG. Lo quiero y me obedecerás.

LUIS. Al contrario, yo soy quien debo convertirte...

MARG. Perderme dirás, mejor, desdichado; y has osado pensarlo?

LUIS. Oh! sí, sí, Margarita, dulce compañera de mi infancia, quiero que reconozcas tu fanatismo; quiero que brille ante tu vista la clara luz de la verdad; escúchame...

MARG. Oh! déjame, déjame, no puedo, no quiero oirte.

LUIS. Cómo! quieres que me aleje de aquí?

MARG. Si no eres católico, huye para siempre.

LUIS. Al contrario, me quedaré aqui para que tú dejes de serlo.

MARG. Yo dejar de ser católica? Blasfemas sin conocerme y lo que tú quieres es perderme... renuncia por siempre á mi cariño!

LUIS. Renunciar á tu amor? Oh! Margarita, si supieses lo que la idea de nuestra separacion me ha retenido en la fé de mis padres... si supieras cuánto he luchado con mi

conciencia por tu amor... oh! pero al fin triunfé diciendome; aunque calvinista jamás dejaré de rendirla un culto de respeto, de admiracion y de ternura... ella será el ancla salvadora de mis luchas y creencias, y ella afirmará mi nueva fé compartiendo mis creencias... nuestros corazones adorarán un solo culto, una sola religion, y nos amaremos eternamente.

MARG. Insensato! No se trata de nuestro amor, se trata de tu conversion, de la salvacion de tu alma.

LUIS. De la tuya Margaríta, sí, de la tuya; pero á qué hablar de eso cuando estamos unidos por un juramento indisoluble... cuando mi mano estrecha la tuya, cuando tú me amas y yo te adoro.

MARG. Yo la esposa de un hereje! jamás!

LUIS. De un hereje cuya fé y deseo es la verdad.

MARG. Oh! Luis... eres un blasfemo... un impio y no debo escucharte mas.

LUIS. Perdonadme, Margarita... la idea de nuestra separacion me aterra .. jamás tendré valor para abandonarte; preferiré mil veces que tu padre en su furor me maldiga y y me arroje al suelo para vengar su religion... al menos escucharé aquellas palabras que tan de continúo pronunciabas en nuestra infancia... Luis... Luis mio, yo te perdono. (*Se arrodilla.*)

MARG. Por piedad, Luis... levántate... si te viesen me perdias... sí... está dicho... yo... te perdono!.. Dios te conceda igual gracia!

LUIS. Margarita... tú eres mi bien. (*La besa la mano.*)

MARG. Cielos! qué he dicho?.. yo que lo queria convertir lo acabo de perdonar! Oh! dejadme... dejadme... ó sino saldré aqui para siempre... si escuchase mas tiempo me perdiais. (*Vase por la derecha, y D' Alberon y Labardin aparecen por el fondo.*)

ESCENA IX.

LUIS, D' ALBERON, *y* LABARDIN.

LABAR. Te felicito por haber seguido nuestros consejos.

LUIS. Oh! amigos mios... si supiéseis que aun me ama!.. ademas me acaba de perdonar... oh! mi dicha es completa.

ALBERON. Hélo aquí de nuevo soñando y delirando con su amor... no tardará mucho en venir una persona que cortará tu alegria para dar lugar á pensamientos mas severos y mas profundos.

LUIS. De quién hablas?.. de Claudio Honorat?

LABAR. Sí... de nuestro sacerdote.

LUIS. No creas que él venga á turbar mi dicha, al contrario me ha prometido venir aqui para hablar á mi tio... él se ha encargado de confesárselo todo.

ALBERON. Efectivamente... aqui viene.

ESCENA X.

DICHOS, CLAUDIO *y* ENRIQUE.

CLAUDIO. (*Al paje.*) Os repito que no he sido convidado para esta reunion, y que tales funciones ni convienen á mi edad ni mucho menos al carácter que represento... por lo tanto solo vengo á hablar con vuestro señor... con que asi avisadle immediatamente.

ENRIQUE. Está bien... le repetiré vuestras propias palabras. (*Vase. Los tres protestantes rodean á Claudio al entrar.*)

LOS TRES. Amigo mio... mi salvador y nuestro padre.

CLAUDIO. Luis, vengo á cumplirte mis ofertas... Si tu tio desoye mis palabras partiremos inmediatamente... no debemos permanecer en esta casa en las circunstancias actuales... donde quiera que haya católicos tenemos motivos de temor.

LUIS. Temor en la casa de mi tio?

CLAUDIO. La reina de Navarra acaba de morir envenenada por órden de Catalina Medicis... con que así la guerra contra nosotros está ya declarada; pero no creais que es una guerra franca y leal... no, sino una guerra de perfidia y de traicion... por lo tanto temamos esta casa como el palacio de la reina... en un solo instante pueden convertirse todas esas colgaduras en cadenas y esas paredes entapizadas en húmedos muros, que nos oculten para siempre á la vista de la humanidad; ademas que peligroso ó no, este no es nuestro sitio. Aqui llega el Conde de Quelús... retiraos y estad dispuestos á seguirme. (*Los tres se retiran, el Conde sale por otro lado opuesto.*)

ESCENA XI.

CLAUDIO, *y el* CONDE *de* QUELÚS.

CLAUDIO. (*Saludándole.*) Dispensadme, Monseñor, si vengo por un momento á distraeros de vuestros placeres, y creed que un motivo bien grave ha podido determinar mi visita á estas horas y en el palacio de Quelús.

CONDE. Asi lo creo; pero antes de pasar mas adelante, tendreis la bondad de manifestarme vuestro nombre y vuestro rango.

CLAUDIO. Mi nombre es Claudio Honorat, y mi rango el de sacerdote protestante.

CONDE. Qué oigo! Por la santa cruz! Sabeis señor mio con quién hablais? sabeis dónde estais pisando?.. un sacerdote protestante en una casa hollada, enlutada por los suyos y ante un padre, cuya familia ha sido asesinada y quemada por los suyos tambien! Vive Dios que sino respetase vuestra edad y vuestros cabellos encanecidos, no habiais de contar á nadie nuestra entrevista... Qué pueden esperar los apóstatas de un hombre en cuya casa se sembró la venganza y el odio?

CLAUDIO. La muerte no me aterra, Monseñor... El martirio es mi sola esperanza... y sabed que jamás me hubiera presentado ante vos, si mi mision no fuese de paz y de conciliacion.

CONDE. Desconozco la paz y la conciliacion con los enemigos de mi santa Iglesia... acabad pronto... quién os envia?

CLAUDIO. Luis de Nangis.

CONDE. Mi sobrino! Y cómo es que no se ha presentado él mismo? y sobre todo, cómo es que un hombre de vuestra secta se ha encargado de una mision suya?

CLAUDIO. Porque los de mi secta son hermanos de Luis de Nangis.

CONDE. Sus hermanos?.. qué habeis dicho?.. Luis de Nangis hereje como vos?.. sabeis caballero que Luis es hijo de Teodoro de Nangis, muerto en la batalla de Drem batiéndose contra los hugonotes? sabeis que por su madre pertenece á la familia de Quelús y de Sombise todos fieles católicos y heridos en lo que mas estimaban por vuestros sectarios... sabeis todo esto?

CLAUDIO. Solo sé al hablar con vos que vuestro sobrino Luis es tambien un apóstata, como decis.

CONDE. Mentís villanamente... Luis no es ya sobrino mio.

CLAUDIO. Sin embargo él os guarda las mismas consideraciones que si lo fuese.

CONDE. Poco importa, ya en nada me pertenece.

CLAUDIO. Sin embargo... la mano de vuestra hija...

CONDE. Imposible!.. Margarita no será esposa de un hereje!.. los odia como yo.

CLAUDIO. No olvideis que existe un juramento de promesa.

CONDE. Olvido mi juramento como él olvidó nuestra religion.

CLAUDIO. Algun dia podreis reconoceros, y entonces.

CONDE. Os engañais... jamás tocará mi mano ni la de Margarita... Los de Quelús lo rechazan para siempre.

CLAUDIO. Pero en fin... podré saber qué daño os han hecho los nuestros para tanto odio?

CONDE. Qué daño decís? No sé si me siento con fuerzas suficientes para contároslo y respetaros... Dios me ayudará... oidme... Hace doce años que algunas cuadrillas de hugonotes recorrian todas estas comarcas... un dia salí de caza á las selvas inmediatas... confiado que asi como yo no pensaba en perseguirlos, tampoco ellos tratarian de perjudicarme; al llegar la noche y cuando ya me retiraba hácia mi casa... una luz estraordinaria me advierte una desgracia... Me acerco, y veo mi palacio devorado por la llamas; me precipito dentro de él y la Condesa y mis hijos habian desaparecido... bajo á otra habitacion y mi pié tropieza con dos cadáveres... eran mis dos hijos. (*Momento de horror en los dos.*)

CLAUDIO. Gran Dios!

CONDE. Los miserables asesinaron á dos criaturas... de repente hieren mis oidos gritos de desesperacion... gritos cuyo eco reconocí... me lanzo al sitio de donde salian, y veo á mi desgraciada esposa en poder de diez villanos que la habian atado, pero que aun no la habian asesinado; era jóven y bella! qué hacer!.. eran diez... yo conservaba por casualidad un mosquete cargado... nadie acudia á favorecerme á protegerla...

CLAUDIO. Y matásteis á alguno de aquellos miserables?

CONDE. No... que asesiné á mi esposa.

CLAUDIO. El cielo os perdone.

CONDE. Preferí verla muerta y no deshonrada. (*Otra pausa.*)

Ahora ya no me queda mas que mi hija Margarita... escapada por milagro del puñal de los asesinos... juró como yo aquella misma noche, á la luz del incendio y sobre los ensangrentados cuerpos de su madre y de sus hermanos, odio á muerte á los asesinos de su familia hasta la última generacion... Me preguntareis ahora qué me han hecho para tal deseo de venganza?

CLAUDIO. La mano de Dios hará muy en breve justicia á los malvados que deshonraron su causa.

CONDE. Me volverá la mano de Dios á los que los asesinos me mataron? oh! no! no! ya no me queda mas consuelo que una venganza sangrienta... en breve la obtendré; ella solo y mi hija me han hecho vivir.

CLAUDIO. Monseñor quereis deshonraros con una que solo herirán al inocente? aunque de distinto culto que yo... no habreis olvidado que Jesucristo al morir enclavado en una cruz pidió perdon para sus verdugos?

CONDE. Vuestra entrevista se hace demasiado pesada.

CLAUDIO. Ya me retiro, qué diré pues á vuestro sobrino?

CONDE. Direis á Luis de Nangis que inmediatamente rompa los escudos y armas de la familia de Quelús.

CLAUDIO. Cómo!.. será posible que no tengais piedad ni para el hijo de vuestra hermana?

CONDE. Para el hijo de mi hermana?.. decis bien: Ahora os daré la respuesta. (*Yendo al fondo.*) Señores!.. venid todos... todos aqui... (*Aparecen multitud de convidados al baile.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, SEÑORES, DAMAS, MARGARITA *por un lado y por otro* LUIS, D' ALBERON, LABARDIN, *que se acerca á* CLAUDIO, ENRIQUE *y el* BARON.

CONDE. (*Llamando.*) Enrique. (*Le habla bajo, sale y vuelve al punto, luego el Conde dice á los convidados.*) Señores... no veis esos cuadros? pues todos ellos representan los retratos de todos los descendientes de Quelús... desde este instante habrá uno cubierto con un velo negro... ese retrato será el de Catalina de Quelús, vizcondesa de Nangis, que fué mi hermana y la madre de

Luis, el perjuro, el traidor y el apóstata. (*Dos pajes cubren el cuadro.*)

LUIS. Cielos! (*D' Alberon y Labardin lo contienen.*)

MARG. Padre mio!.. en nombre del cielo!..

CONDE. Levantaos, Margarita, y vos amigo mio acercaos. (*Al Baron.*) Señores... aqui os presento á mi yerno el Baron de Saint-Luc.

MARG. Oh!.. las fuerzas me faltan.

CONDE. (*A Claudio.*) Todo esto direis á Luis el hijo de mi hermana. (*Claudio se aleja y tras él Luis, Alberon y Labardin siempre enmascarados; Margarita está sostenida por varias señoras.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Gabinete de Margarita, puerta al fondo y lateral secreta. Son las once de la noche.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA *y el* CONDE, *al alzarse el telon aparece Margarita sentada ante una mesa leyendo la Biblia á la luz de lámpara. No siente llegar al padre el cual entra con cuidado y mira tras ella lo que lee.*

CONDE. Qué estás leyendo, Margarita?

MARG. (*Trátando de esconder el libro.*) Ah! sois vos padre?

CONDE. (*Cogiéndola el libro.*) La Biblia!.. por Cristo que es sorprendente. La Biblia en tus manos, en lugar de tus autores favoritos Ronsard y Baif? Hija mia... veo que desde hace dos meses no eres la misma.

MARG. Yo!

CONDE. Sí, desde que ese sacerdote reformista penetró en esta casa para anunciarme la apostasía de Luis... (*Sorpresa*

de Margarita.) Te veo muy cambiada... te aterra el recordar á Luis?... oh! sí, sí, dices bien; un hombre á quien queria como á un hijo haberme visto obligado á maldecirlo y á arrojarlo para siempre de mi presencia!.. oh! Margarita, no sabes cuánto he sufrido al verme precisado á tratarle con tanto rigor; pero era preciso... se ha unido á los asesinos de mi esposa y de mis hijos á quienes odio con toda mi alma... no es verdad, hija mia?

MARG. *(Turbada.)* Padre mio... no me es posible engañaros... jamás sabré odiar á Luis.

CONDE. Olvidale al menos... y que de hoy mas sea un desconocido para nosotros.

MARG. Un desconocido Luis?

CONDE. Asi lo quiero... *(Deja la Biblia sobre la mesa y vé un puñal que hay sobre ella y lo coge.)* Margarita!.. qué significa este puñal?

MARG. *(Ap.)* Cielos!.. es el de Luis!

CONDE. Vamos... responde.

MARG. Ese puñal. *(Reponiéndose.)* Ah! es un regalo que he querido haceros... es un recuerdo de vuestro cumpleaños.

CONDE. De veras?

MARG. Estamos á veinte y cuatro de agosto, dia de San Bartolomé.

CONDE. Gracias, hija mia!.. le acepto con el placer de ver que no has olvidado este dia.

MARG. *(Ap.)* Perdonadme, Dios mio, que le engañe de este modo!

CONDE. Ahora hija mia... procura que te vea tan contenta y alegre como antes lo estabas... deseo volverte á ver muy afanosa con tus galas y coqueterias .. ya sabes cuánto te quiero y lo dispuesto que estoy á complacerte en cuanto desees, porque tú eres mi único consuelo.

MARG. Sí, padre mio. *(Lo abraza.)* Y una vez que tanto deseais mi dicha os voy á pedir una gracia, una sola, y esa en nombre de mi querida madre; y es que si en algo deseais mi dicha no me hagais esposa del Baron de Saint-Luc.

CONDE. *(Obligándola á levantarse.)* Veo que hice mal en dejarte leer en mi alma los sentimientos de amor y de ternura que para tí abrigo... siempre la misma súplica.. Has olvidado por ventura quién soy yo... no recuerdas

que he prometido públicamente tu mano al Baron, mi mejor amigo?... Antes de un mes serás la Baronesa de Saint-Luc... espera cuanto quieras de mi cariño, pero jamás pienses que falte á la menor de mis palabras... Adios... ténlo entendido. (*Vase por el fondo.*)

ESCENA II.

MARGARITA, *á poco* LUIS.

MARG. (*Sola.*) Antes de un mes la esposa de Saint-Luc!.. oh! protegedme, Dios mio. (*Dan golpes disimulados en la puerta secreta.*) Oh!.. es él... sí, Luis... (*Abre ella la puerta secreta.*)

LUIS. (*Saliendo.*) Gracias al cielo que logré evadirme!

MARG. Cómo!.. Qué sucede?

LUIS. Hace poco salí del Hotel de Navarra, y despues de haber atravesado la calle me detuve un rato delante de tu ventana... En vano esperé la señal convenida... De repente me he visto cercado por varios arqueros que sin duda me estuvieron observando. El capitan que los mandaba, cuya voz conozco, me dijo que estaba prohibido, bajo pena de prision, el detenerse en las calles des pues del toque de ánimas. Tratan de prenderme, me defiendo como puedo, huyo por un callejon oscuro, abro la puerta secreta del jardin y gracias á mi ligereza, logré que me perdiesen de vista.

MARG. Pobre Luis!

LUIS. Ahora que estoy á tu lado me importa poco perder la vida, pero lejos de tí... oh!.. no tendria resignacion.

MARG. Cómo tiemblo Luis... hace poco que salió de aquí mi padre, y si llega á sorprendernos somos perdidos.

LUIS. Segun eso, aun no se lo has confiado todo.

MARG. Jamás tendré valor.

LUIS. Jamás dices!.. pues qué no eres ya mi esposa? Honorat no ha bendecido nuestra union? sigues ocultándoselo á tu padre? qué será de tí, el dia del himeneo con el Baron?

MARG. Oh! moriré!..

LUIS. Margarita, Margarita... tú no me amas.

MARG. Luis... eres tú quien me habla así? con que no te amo, yo que he preferido á tu cariño la ternura de mi pa-

dre... tu nombre al de mi familia? que no te amo yo que he consumado en la oscuridad de la noche un casamiento, que solo mi corazon puede reconocer... yo que me he perdido por tí por quien engañé á mi padre... oh!.. y todavía dices que no te amo?..

LUIS. (*Estrechándola.*) Perdoname, Margarita.

MARG. Pero Dios es justo; ya sabia yo que al casarme contigo le ofendia y por eso me castiga... solo merezco el desprecio y la condenacion... oh! ves cuánto me cuesta mi escesivo amor para contigo... y aun no te amo?

LUIS. Margarita, olvida mis quejas... dices bien... tú has sido un ángel y debia bendecirte en vez de atormentarte... Pero qué quieres? El solo nombre del Baron estremece mis sentidos; tú ser del hombre que ha jurado la muerte de mis hermanos!.. miserable! cobarde á quien despues de dos meses que hace que provoqué todavía retrocede ante el combate que tenemos aplazado... tu nombre puro y celestial confundido con el de un infame asesino!.. Margarita... soy muy desdichado!.. perdona que te haga llorar.

MARG. Luis... cualquiera que sea el resultado, mañana mismo sabrá mi padre que soy tu esposa... sé que me maldicirá, que execrará mi nombre, pero al menos no volverás á decirme que no te amo.

LUIS. Oh!.. no me recuerdes mis injusticias.

MARG. No oyes? (*Sorprendida.*)

LUIS. Tumulto en la calle vecina.

MARG. (*Mirando por la ventana.*) Cielos... varios hombres armados rodean esta casa.

LUIS. Sin duda los que me perseguian.

MARG. Uno de ellos acaba de llamar en la puerta principal; oh!.. aqui no puedes estar, Luis, es preciso que te ocultes.

LUIS. Nada temas, conozco muy bien esta casa y sabré escapar de sus manos... hasta mañana.

MARG. Hasta mañana... Luis... el cielo te proteja. (*Vase Luis por la puerta.*)

ESCENA III.

MARGARITA, *solà.*

Qué vendrá á buscar á estas horas en el palacio de Quelús? (*Abre la puerta del fondo.*) Gran Dios!.. no me engaño... esa es la voz del Baron de Saint-Luc... está colocando centinelas por todos lados... sin duda quieren prender á Luis!.. Cómo los detendria yo á fin de dar lugar á que huyese... oh!.. (*Yendo al fondo y llamando.*) Señor Baron!.. Señor Baron... Qué pasa? respondedme pronto... me habeis asustado.

ESCENA IV.

MARGARITA *y el* BARON, *introducido por* ENRIQUE, *arqueros.*

BARON. (*Entrando.*) Perdonad, señora, si hemos venido á turbar vuestro reposo. (*Mirando por todos lados y por la puerta secreta.*) Veo que nos hemos engañado... el escesivo celo de mis caballeros ha sido la causa de todo.... creyeron haber visto penetrar á un hombre en este palacio, y hasta hubo quien dijo que se habia dirigido hácia esta puerta... lo cual veo que es absolutamente incierto... por lo tanto dispensad os hayamos importunado.

MARG. (*Deteniéndole.*) Pero cómo... os vais asi sin ver á mi padre?

BARON. Efectivamente. Debo de verle para darle una noticia que le colmará de júbilo... como igualmente á todos los amigos del Rey y de nuestra fé católica.

MARG. Si es así... daré órden para que lo llamen... Descansad un momento. (*Al paje.*) Enrique, sigueme. (*Ap. al irse.*) Ya le salvé. (*Vase con el paje por la derecha.*)

ESCENA V.

BARON *solo y hombres armados al fondo.*

Esa turbacion... esa agitacion... y luego ese deseo en tenerme aquí y en su habitacion, á mí cuya presencia

la es tan odiosa! no me engaño... estaba con él... y sin duda ha querido asegurar su fuga, sin recelar que todas las salidas están tomadas inclusa esa secreta... (*Señalando la puerta secreta.*) Creí escuchar... (*Se para.*) Pero no... no... ha sido nada... oh! cuánto tardan en prenderle... pero, dónde está?.. lo quiero ver... lo necesito!.. oh! (*Viéndole salir por la puerta secreta.*) no me engaño... es él... Al fin le tengo en mi poder.

ESCENA VI.

Luis, Baron *y guardias.*

Luis. (*Saliendo.*) Margarita!

Baron. (*Yendo á él.*) Luis de Nangis!

Luis. Quién os dijo mi nombre?

Baron. El odio que os tengo me lo ha revelado.

Luis. Hola... y ahora os hareis esperar por mas tiempo?.. será ya hora, señor Baron de Saint-Luc que respondais á mis provocaciones? ó venis por ventura rodeado de todos esos hombres á prenderme con igual aparato que si fuéseis á sitiar una fortaleza?.. veo que cumplis religiosamente el voto de cobardia que habeis hecho á Catalina de Médicis.

Baron. (*Cogiéndole con furia la mano.*) Luis de Nangis... al perseguiros de este modo he querido solamente convencerme por mis propios sentidos que vos sois el hombre á quien yo debo odiar en el mundo... y que vos sois el amante de Margarita. Ahora que estoy convencido de todo... salid cuando querais... dentro de una hora termina mi juramento... pasada esa hora nos vatiremos esta misma noche.

Luis. Oh!.. sí... y un duelo á muerte... sin piedad ni compasion... hasta media noche pues.

Baron. Delante del Louvre... á orillas del Sena.

Luis. Allí nos veremos.

Baron. Dejadle salir.

Luis. Gracias, capitan... á orillas del Sena, no lo olvidaré. (*Vase con los guardas.*)

ESCENA VIII.

BARON, *solo.*

Sí... á orillas del Sena... y delante del Louvre y del famoso tirador Cárlos IX... corre... apresúrate á ir á esa cita... lleva por testigos á esos dos miserables que me insultaron cuando tú... diles con tiempo que esta noche es la última de tus hazañas, y desde las ventanas del Louvre saldrán las balas que vengarán mi ofensa... los tres caereis heridos de muerte por la misma mano Real!.. qué honor para unos herejes! morir á manos de su soberano! insensatos! y querian batirse conmigo!.. El hombre se bate con aquel que lo mira con altanería, ó con quien lo tropieza en mitad de su camino... pero batirse con el hombre que le roba el corazon de la mujer que adora... con el hombre cuyos afectos y cariño han arrebatado á la prometida esposa!.. oh! con ese hombre no se bate uno... no... se le mata por detrás!.. sí... Luis de Nangis, te dejo libre para que tú mismo acudas con los tuyos al sitio, donde se abriran vuestros sepulcros... corred... apresuraos á llegar á las orillas del Sena.. en ellas os espera, no vuestro enemigo... sino la muerte segura y pronta... aqui viene el Conde... no le hablaré de su sobrino, quizá este recuerdo le detendria en el instante de herir.

ESCENA VIII.

BARON, *y* CONDE.

CONDE. El cielo os guarde, capitan! cómo á estas horas por mi palacio?.. qué es lo que pasa?

BARON. Os acordais, Conde, de lo que me dijísteis hace dos meses?.. «Bella noche la del nueve de junio de mil quinientos setenta y dos,» os ofrecí otra mas bella y os la vengo á anunciar... la noche del veinte y cuatro de agosto en que estamos, será mucho mejor que aquella.

CONDE. No comprendo...

BARON. A eso de la media noche. (*Con misterio.*) La campana de San German tocará á rebato... este toque... el

mismo que hace doce años avisó á los asesinos de vuestra esposa é hijos, avisará tambien la hora de la venganza... la Reina madre acaba de dar las órdenes.... no mas tardanza... que el puñal asesino de los hugonotes sirva para su esterminio perpétuo... no haya piedad... que todos perezcan.

CONDE. Oh!.. Esposa mia... hijos queridos... en breve quedareis vengados. (*Llevando la mano al puñal que le dió Margarita.*) Al sonar esa fúnebre campana... el regalo de mi hija servirá para herir á mis enemigos.

BARON. Podremos contar con vuestros súbditos?

CONDE. Yo mismo los haré tomar las armas.

BARON. Las que hice bendecir á Monseñor el Cardenal.

CONDE. Sí... y todos llevarán una cruz blanca en sus sombreros; muerte á los calvinistas!

BARON. Ninguno quedará vivo!.. Ya están señaladas todas sus casas... las puertas de París están cerradas y custodiadas. No habrá piedad ni para niños ni ancianos, ni mujeres... todos perecerán... estingamos hasta el polvo que pisan... que jamás vuelvan á congregarse.

CONDE. Sí... sí... no haya piedad para nadie, tampoco la hubo para la Condesa de Quelús.

BARON. Segun eso vos mismo vendreis á combatirlos en union nuestra?

CONDE. Os juro que no tendré piedad.

BARON. Aqui viene vuestra hija... os espero en casa del Mariscal Tavannes... oh! me olvidaba daros la consigna secreta.

CONDE. Cuál es?

BARON. El nombre de vuestro patron San Bartolomé. (*Vase.*)

MARG. (*Entra y repite.*) San Bartolomé.

ESCENA IX.

CONDE, *y* MARGARITA.

CONDE. Hija mia, te acuerdas de tu madre y de tus hermanos?

MARG. Sí, padre mio.

CONDE. Te acuerdas tambien del juramento que hiciste hace doce años sobre sus cadáveres?

MARG. Sí, me acuerdo.

CONDE. Juraste conmigo odio y muerte á los hugonotes... hasta la última raza.

MARG. Verdad es...

CONDE. Pues bien, alegrate, hija mia, todos morirán esta noche á la señal de la campana, y mañana al amanecer no existirá ni polvo de ellos.

MARG. (*Aterrada.*) Gran Dios!

CONDE. Dentro de poco todos estaremos armados esperando la señal convenida para envolver la heregia en una sangrienta proscripcion.

MARG. Será cierto... oh... no... eso no puede ser.

CONDE. Muy en breve oirás sus lamentos.

MARG. Pero es posible, esta misma noche?

CONDE. A media noche la campana de San German nos anunciará el momento de la venganza.

MARG. Vos no ireis, padre mio!.. yo no os dejaré salir.

CONDE. La hora se acerca... y el Baron de Saint-Luc me aguarda en casa de Tavannes... Hasta despues, hija mia... cumplamos nuestro juramento... odio y esterminio á los hugonotes... no haya piedad ni para sus hijos. (*Vase.*)

ESCENA X.

MARGARITA, *sola.*

Es un sueño!.. no... yo no puedo creer que vivo y estoy dispierta... Todos asesinados antes de una hora!.. antes de una hora!.. Y quién es uno de los sentenciados? y yo su esposa dejaré que le maten... oh!.. no... no... quiero salvarle... es preciso que lo oculte... que lo libre de las asechanzas de tanto verdugo!.. (*Vase hácia el fondo y se oye un grito: á las armas!.. á las armas!*) Cielos!.. todos los súbditos de mi padre armados de puñales y con espada en mano... y llevan una cruz blanca... cómo! en nombre de un Dios de paz y de misericordia van á asesinar á sus hermanos... y hasta Enrique el paje, un niño, tambien lleva su puñal... oh! aqui viene... el cielo me lo envia. (*Entra Enrique llevando una cruz blanca en el sombrero y una espada desnuda en la mano.*)

ESCENA XI.

MARGARITA, *y* ENRIQUE.

MARG. Desgraciado; qué vas á hacer?

ENRIQUE. Vengar mi religion.

MARG. Tu religion!.. oye, Enrique... apenas cuentas diez y seis años y ardes ya en deseo de verter sangre humana!.. Vas á atreverte á quitar la vida á tus semejantes... á tus hermanos?

ENRIQUE. Los herejes no son hermanos de nadie.

MARG. Enrique... Dios todo misericordioso murió en una cruz para salvarlos... osarás aun vengar lo que el Redentor perdonó... oh!.. deja esa espada... déjala... jamás manches tu pureza con el oficio de asesino y de verdugo... (*Le quita la espada.*)

EERIQUE. Señora!.. me obligareis á que desobedezca á vuestro padre...

MARG. El que desoye la voz del Omnipotente á nadie debe obediencia... ademas mi padre ha perdido la razon; tambien pronuncia esas palabras de venganza y de esterminio jamás escritas en la religion de Cristo... oh! tal vez te maldiga mañana por haberle obedecido... pero en cambio te bendecirá y yo tambien y todas las criaturas te admirarán y te llamarán su salvador y su hermano, si redimes la vida á un inocente proscripto. Dios quiere la conversion del pecador, no su esterminio.

ENRIQUE. A un proscripto... qué quereis que yo haga?

MARG. No lejos de aquí, en el Hotel de Navarra, vive un hombre cuya existencia me es mas querida que la mia.

ENRIQUE. Un protestante sin duda?

MARG. Sí... un protestante... Luis de Nangis.

ENRIQUE. Luis de Nangis?

MARG. Vé á buscarlo inmediatamente de parte de Margarita... no le hables de los asesinos que se preparan... querrá combatir y morir con sus hermanos... dile unicamente que le espero aquí... que venga al instante... que necesito de él... Vacilas por ventura? tu corazon nada siente?.. tus ojos nada ven?.. tus oidos nada oyen?.. permaneces inmóvil?.. cuando estás oyendo que su vida

es la mia... no sabes que amo á Luis... que le idolatro... que soy su esposa?

ENRIQUE. Vos esposa de Luis de Nangis?

MARG. Sí... á tí solamente te lo confio... á tí, hermano mio para que seas mi salvador, mi ángel tutelar... oh! á nadie sino á tí hubiera yo confiado un secreto que atraerá sobre mi cabeza la maldicion de mi padre... á tí que no me harás traicion... oh!.. corre... corre, dile á Luis que si no le veo moriré de dolor. (*Se pone de rodillas ante Enrique.*)

ENRIQUE. Señora... dejadme empuñar mi espada.

MARG. Gran Dios.

ENRIQUE. Si dentro de poco no vuelvo... si alguno os viene á decir... hemos visto á vuestro paje pelear y sucumbir en la lucha, decidles á todos: murio por defenderme... por salvar á mi esposo.

MARG. (*Estrechándole.*) Amigo mio... hijo de mi corazon... no pierdas un instante, corre á salvarle, y la bendicion del cielo bajará sobre tu cabeza porque Dios no perdona quien á otro no perdona. (*Vase corriendo Enrique.*)

ESCENA XII.

MARGARITA, *sola.*

Es este el que antes juraba odio á muerte á los calvinistas?.. oh! si pudiera reunir á todos los que han hecho semejante juramento y preguntarles qué motivos, qué sentimientos ó qué pasion los anima y los conduce al crímen? segura estoy de que retrocederian de espanto y de horror echando á tierra esas armas que van á teñir de sangre inocente y fraternal. Por qué en lugar de las armas no vuelan al enemigo armados de la cruz santa y le convencen de su error? ese combate seria mas cristiano... Oh!.. Dios mio, deten sus atroces intentos... haced tambien que Enrique salve á mi esposo... que vea á Luis antes del toque de esa campana vengadora... sí... para que una vez aqui lo pueda salvar... el guarda del jardin es todo mio... y una sola señal mia le bastará para obedecerme... pero no viene... si habrán avanzado la hora de la venganza... mas no puede ser... la campana permanece muda y silenciosa... oh!.. alguien se acerca corriendo... si será Luis.

ESCENA XIII.

MARGARITA, ENRIQUE *y* LUIS.

ENRIQUE. Cumplí mi palabra, señora?

MARG. (*Yendo á Luis.*) Eres tú, bien mio?

ENRIQUE. Os dejo para velaros mas de lejos... confiad en que vigilaré por vos aun á riesgo de mi vida... desde hoy, Margarita, mi vida es vuestra... disponed y obedeceré.

ESCENA XIV.

MARGARITA, *y* LUIS.

LUIS. Qué significan esas palabras del paje?.. qué quiere decir esa agitacion y esa palidez que se ha apoderado de tí? qué pasa?.. que nuevo acontecimiento vino á turbar tu reposo.

MARG. Luis, me amas, no es cierto? pues bien, necesito una prueba... pero una prueba grande... lo oyes?

LUIS. Cuál es, habla.

MARG. Que salgas de Paris conmigo.

LUIS. Salir de París? no sabes que estan cerradas todas las puertas? y que sin una órden espresa no se puede salir á estas horas?

MARG. No faltará quien nos abra... eso me toca á mí.

LUIS. Pero á qué viene tal precipitacion?

MARG. A qué? Dios mio! no te basta que yo lo deseé y que te suplique además?

LUIS. Ya sabes Margarita que tus deseos son órdenes que yo respeto y cumplo fielmente; pero tambien sabes que tu dicha me pertenece y que es una necesidad de mi alma... por lo tanto en vano qüieres ocultarme el horrible secreto que devoras... háblame... confiésalo todo (*Ap.*) oh! ya la media noche se acerca, y el Baron me espera en breve. (*Alto.*) Vamos, Margarita, dime que es lo que te causa esa turbacion y esa incertidumbre.

MARG. Que quiero huir de aquí... y al instante mismo... en ello va mi vida mi salvacion... salgamos pronto. (*Una campana dá las doce.*) Las doce... la hora del crímen!

LUIS. Las doce... La hora de mi deshonra. (*Con furia.*) Margarita.. gracias á tu cariño... Luis de Nangis es un cobarde! un insensato! un miserable!

MARG. Qué quieres decir? Luis, fia en mi amor.

LUIS. Que un duelo me esperaba á las doce delante del Louvre á orillas del Sena.

MARG. A orillas del Sena?.. y con el Baron de Saint Luc?.. y llamas á eso duelo? dí mas bien un asesinato.

LUIS. Asesinato has dicho?.. habla, algo me ocultabas.

MARG. Nada... nada... solo te digo que ese duelo es un asesinato cobarde... y que no saldrás de aqui esta noche.

LUIS. Cómo... que no saldré de aquí? y por qué?

MARG. (*Poniéndose delante de él.*) Porque lo mando yo... yo la esposa de Luis de Nangis. (*La campana toca á rebato.*) Cielos!.. llegó el instante de la traicion!

LUIS. Qué quiere decir ese precipitado toque?

MARG. (*Fingiendo.*) Sin duda alguna fiesta.. oh!.. sí... sí... esta noche habia funcion en el Louvre.

LUIS. (*Queriendo salir.*) En el Louvre. (*Se oyen gritos.*) Oh!.. salgamos de aqui... pero esas voces...

MARG. (*Fingiendo.*) Oh!.. son los gritos de un pueblo entusiasmado y alegre. (*Se oye fuego.*)

LUIS. Y esos disparos?

MARG. (*Fingiendo y distrayendo á Luis.*) Las salvas que anuncian la fiesta.

LUIS. (*Yendo á la ventana.*) Qué oigo?.. esos arcabuces contienen balas... esos disparos son de muerte... oh!.. salgamos.

MARG. (*Deteniéndole.*) Oh!.. no... no... no saldrás, yo te lo suplico. (*Cae de rodillas. En esto Luis se asoma y ve una gran llama.*)

LUIS. Cielos!.. el Hotel donde habito devorado por las llamas... oh! mis hermanos van á perecer, corramos á salvarlos.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS *y* CLAUDIO, *herido.*

LUIS. Cielos! Claudio herido!

CLAUDIO. (*Apoyándose en un sillon.*) Hermano! hermano mio

vengo á anunciarte que los nuestros perecen, que corras á defenderlos...

LUIS. Qué oigo? y yo villano me estaba tranquilo!

CLAUDIO. No respetan ni el sexo, ni la edad... lo mismo asesinan niños que ancianos... sacerdotes que seglares... ni aun nuestro templo donde he sido herido al rogar por su conversion.

LUIS. Oh! Con la punta de esta espada... señalaré en su pecho sus infamias... era ese el duelo del Baron conmigo y mis dos compañeros! (*Se dispone á salir.*)

MARG. Si..: sales... yo muero.

CLAUDIO. No hay tiempo que perder, Luis, tus hermanos necesitan de tu brazo. (*Se oyen cada vez mas gritos, y clámores, y fuego, siguiendo ademas el toque de rebato.*)

LUIS. (*Arrodillándose.*) Padre mio... bendecid mi brazo.

CLAUDIO. Sí... sí... te bendigo al morir... pero oye antes los últimos acentos de tu anciano amigo... corre á defender tu culto y tus hermanos... y si sucumbes, qué importa... siempre el mártir fué vencedor. (*Cae.*)

LUIS. Padre mio!.. padre mio.

BARON. (*Desde fuera.*) No haya piedad para ninguno... que todos perezcan esta mima noche... El Rey lo quiere... obedeced su ley.

LUIS. El Baron de Saint-Luc. (*Con furia.*) Adios, Margarita... Adios para siempre. (*Vase corriendo con espada en mano; sigue el tumulto con fuerza.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Jardin del palacio de Quelús. Arboles espesos por todos lados; á la izquierda en primer término un bosquecillo; á la derecha dos ó tres escalones que dan entrada á un pabellon: Al fondo la verja de entrada; á lo lejos una vista de París: son las cuatro de la mañana.

ESCENA PRIMERA.

LUIS, *y* MARGARITA, *aparece Luis herido en el brazo derecho y en la cabeza y sentado en el bosquecillo; Margarita vendando su herida.*

LUIS. No temas, Margarita... tranquilizate... deseaba antes de morir abrazarte... ahora ya estoy contento... con mas vigor puedo volver al combate.

MARG. Oh!.. no... no... no saldrás de aquí; te tendré junto á mí... no nos separaremos jamás.

LUIS. No quiero vivir por mas tiempo... habitar esta tierra sembrada de asesinos y de infames... oh! Margarita, tú

no sabes lo que á estas horas está presenciando Paris!.. nuestra patria se vé convertida en este instante en una orgía de demonios, nuestros desgraciados hermanos han sido degollados en el seno de su familias y en mitad de su reposo... El cadáver de Coligni ha sido arrojado desde el balcon sobre el de su yerno; Pardillan murió en mitad de la plaza atacado por diez asesinos; mi amigo Labardin, mas desgraciado que ninguno, murió sin que le diesen tiempo para desenvainar su espada... Nada ha sido respetado... ni la debilidad... hombres, mujeres, niños... todos han sido víctimas del puñal y de la hoguera... oh! no... no quiero presenciar la salida del sol para que alumbre tan funesto y desgarrador panorama; no quiero respirar el mismo aire que mis verdugos... prefiero morir bajo sus puñales.

MARG. Cómo!.. morir tú por quien yo lo he sacrificado todo; porvenir, cariño y felicidad?.. oh... no... tú no me abandonarás en mitad de la senda que he emprendido... Debes ser mi guia... mi amparo, mi sosten... y en cambio de todo eso, yo seré tu compañera tierna y cariñosa... yo velaré por tu vida; tus deseos serán satisfechos... sí, porque tu vida es la mia, y ya que en este instante no puedes soportar el peso de una espada... yo seré tu salvadora. (*Mirando hácia dentro.*) Mi padre!

LUIS. El Conde!

MARG. (*Señalándole al pabellon.*) Mira... entra ahi en ese pabellon... Mientras tú descansas, yo rogaré á mi padre por los dos.

LUIS. Sea como quieras.. (*La abraza y se va.*)

ESCENA II.

MARGARITA, *y el* CONDE.

CONDE. (*Saliendo del bosque de la izquierda.*) Cuánta sangre! cuánto gemido! y cuánta desolacion! oh! á pesar de mi insaciable deseo de venganza me siento demasiado vengado! oh! el fúnebre tañido de esa lúgubre campana me ha hecho mas cruel de lo que debia... sí... sí... la venganza se asemeja demasiado al crímen... jamás volveré á derramar mas sangre.

MARG. (*Acercándose.*) Padre mio!

CONDE. (*Viéndola.*) Margarita!.. todo está cumplido; tu madre ha sido vengada... pero desgraciadamente aun en las represalias han sido sacrificados individuos de nuestra propia famila... Luis ..

MARG. Qué?.. decis!..

CONDE. Ha sido uno de los combatientes de las filas heréticas, y uno de los favoritos del Rey ha muerto á sus manos, y el nombre de Luis ha sido señalado con una cruz en la lista de proscripcion.

MARG. Cielos! es perdido!

CONDE. Y si no ha perecido á estas horas no tardará mucho en hacerlo... los arqueros de Tavannes van en busca suya y todas las casas donde habitaban protestantes han sido saqueadas; y los católicos han jurado no dar asilo á ningun enemigo. Qué infelicidad la suya... morir peleando contra su Dios y su Rey, y sin tener quizá tiempo para arrepentirse... Qué desgracia para su alma y qué afrenta para nuestra familia.

MARG. Oh!.. y si Luis viviese, y si aun se le pudiese salvar.

CONDE. Yo no podria hacer tal cosa.

MARG. Padre mio... siempre se puede salvar al hijo de una hermana que viene á pedir su ausilio.

CONDE. Luis, aquí, á implorar mi amparo?

MARG. Sí... sí... ya no es tiempo de andar con misterios... sabedlo de una vez... Luis está ahi. (*Señala al sitio.*) Ha venido á refugiarse en el palacio de su tio... la casa de Quelús jamás se convertirá en prision ni en lazo de desgraciados.

CONDE. Luis aquí!.. oh! solo me faltaba que le matasen ante mis ojos... desgraciado!..

MARG. No... no... Luis no morirá... vos le salvareis, no es cierto?

CONDE. Margarita... su vida no me pertenece... no puedo ni debo salvarlo... es uno de los enemigos de nuestra fé católica, y basta.

MARG. Cómo? Aun permaneceis inexorable?

CONDE. Es preciso... ese es mi deber.

MARG. Sí?.. pues entonces perecerán dos en vez de uno.

CONDE. Margarita, qué dices?.. abandonarás á tu padre?

MARG. Abandonaré á mi padre por seguir á mi esposo... sabedlo todo... Margarita es la esposa de Luis de Nangis.

CONDE. Tú la esposa de Luis de Nangis? oh! eso no puede ser...

ese es un lazo que me tiendes para que yo le salve? Y quién ha consagrado esa union? Qué valor puede tener el matrimonio sacrílego de un calvinista rebelde con una fiel católica?

MARG. Yo ya no soy católica... profeso la religion de los calvinistas.

CONDE. Tú, Margarita?

MARG. Sí... yo... el sacerdote que nos unió recibió mi protesta de adjuracion, y las pruebas están en el templo de mis hermanos los reformistas... con que así... entregad á Luis á sus perseguidores... una vez en poder de ellos gritaré yo á sus asesinos diciéndoles: que yo tambien soy calvinista, que profeso la religion reformada...

CONDE. (*Aterrado.*) Está bien, hija mia, no quiero consumar sacrificios... salvaré la vida de Luis aun á riesgo de la mia... le idolatras tanto como yo á tí.

MARG. (*Abrazándole.*) Padre mio... padre mio... (*Llamando á Luis.*) Luis... Luis... ven á sus brazos... mi padre nos perdona.

ESCENA III.

DICHOS, *y* LUIS.

LUIS. (*De rodillas y Margarita.*) Señor, será cierto?

CONDE. Sí, Luis; en vano trato de oponerme á las súplicas de mi hija y sobre todo á los remordimientos que por siempre dejarian en mi alma el recuerdo de esta noche de sangre, asesinatos y sacrilegios... Luis, cumpliré la promesa que hice á tu madre moribunda... aunque para ello tenga que quebrantar los juramentos que hice al cielo.

LUIS. Los juramentos decís? oh! sabed que no han llegado todavía... Dios no quiere que tomemos las armas, vos para asesinarnos y nosotros para castigaros... jamás... Ahora os veo tal como fuisteis siempre para mí... el protector y defensor de mi juventud... vos me habeis perdonado para abrazar como antes á vuestros dos hijos queridos: oh!.. á pesar de todos los horrores que me rodean... aun concibo la esperanza de salvacion y de felicidad á vuestro lado... oh!.. sí... sí, Margarita... tio mio mi vida es vuestra... disponed de mis dias.

CONDE. El tiempo corre y es preciso salvarte.

ESCENA IV.

DICHOS, *y* ENRIQUE.

ENRIQUE. (*Entra precipitadamente.*) El Baron de Saint-Luc se acerca.

MARG. Cielos!.. sin duda viene en busca de mi esposo... padre mio, salvadle.

CONDE. Te lo he prometido y lo cumpliré (*Meten á Luis en el pabellon.*)

LUIS. (*Con cólera.*) Huir yo del Baron de Saint-Luc?

MARG. (*Suplicante.*) Luis, y mi vida?

LUIS. Os obedezco. (*Se oculta: entra el Baron por la verja seguido de guardias; el page se oculta en el bosque.*)

ESCENA V.

BARON, CONDE, MARGARITA *y guardias.*

BARON. ¡Adios, señor Conde... Qué tal os ha parecido la noche?

CONDE. Demasiado cruel; tanta sangre derramada no os ha cansado tambien horror?

BARON. Si hubiese sido sangre católica tal vez; pero de hugonotes... al contrario... sabed, señor Conde, que esta noche me vale el título de Conde por lo cual quiero hacer todavía mas servicios al Rey.

CONDE. Basta de crueldad... sabed que la venganza es una hacha de dos filos que hiere á la vez á la víctima y al verdugo.

BARON. Cómo... os compadece por ventura la muerte de los asesinos de la Condesa de Quelús?

MARG. Y quiénes son hoy los asesinos?

CONDE. Margarita, silencio.

BARON. (*Al Conde bajo.*) Alejad á vuestra hija, tengo que hablaros á solas.

CONDE. (*A Margarita bajo.*) Pensad que confio en vuestra promesa. (*Ocúltase en el pabellon con Luis.*)

ESCENA VI.

Baron, Conde, *y guardias.*

Baron. Ahora que estamos solos podremos hablar libremente... sabed que han visto penetrar en esta casa á Luis... vuestra hija le ha dado amparo... trataron los que le vieron de echar la puerta á bajo y yo les detuve confiado en que vos ni podeis ni quereis salvarlo; con que asi entregádmele...

Conde. El Conde de Quelús jamás mintió... sabed pues que es cierto cuanto habeis dicho... pero como su presencia en mi casa donde ha venido á buscar un asilo, me impone el deber de salvarlo, vos que tambien sois caballero y gentil hombre me ayudareis á protegerle, y á que salvemos uno siquiera de entre tantas víctimas.

Baron. Imposible! uno de los favoritos del Rey murió bajo su cuchillo con otros católicos no menos ilustres; por lo tanto su persona es buscada con ansiedad por todos los nuestros... además que jamás salvaria yo á un hombre que me ha robado el cariño de vuestra hija: oh! que yo le vea... porque la rabia y los celos me exaltan en este momento.

Conde. Yo entregaros á Luis?

Baron. Si tal... lo necesito... lo quiero.

Conde. Jamás... prended fuego á mi casa si os place... todos pereceremos con él antes que hacerle traicion.

Baron. Os digo por última vez, señor Conde de Quelús, que me entregueis á Luis de Nangis, vuestro sobrino, acusado de rebeldia y de heregia.

Conde. Por última vez os digo, señor Baron de Saint-Luc, que respeteis mi casa y mi persona, ó de lo contrario tomaré otra determinacion.

Baron. Sí... pues á mas de entregarme á Luis de Nangis, me entregareis tambien á Margarita de Quelús, su esposa, condenada como él á muerte por calvinista y apóstata.

Conde. Gran Dios! (*Turbado.*)

Baron. Ved aqui el acta de protesta y casamiento que encontré en poder de Claudio Honorat, sacerdote protestante, á quien dí muerte con mis propias manos.

Conde. Mi hija, condenada á muerte; y sois vos quien me lo

anuncia? miserable. (*Se arroja á su cuello, á poco se detiene.*) Pero qué voy hacer? á perderla para siempre? oh! no mas amenazas!.. quiero salvarla... quiero que mi hija viva. (*Se arrodilla.*) Estais satisfecho de verme á vuestros piés implorando el perdon de mi hija?

BARON. De vos depende la salvacion de Margarita, levantaos.

CONDE. Hablad, dispuesto estoy á todo.

BARON. Margarita está casada? es preciso pues hacerla viuda.

CONDE. Oh! inexorable. (*Aparece Enrique en el bosque de modo que no le vea escuchar.*)

ESCENA VII.

DICHOS, *y* ENRIQUE.

BARON. Ea, elegíd pronto; ó me entregais á Luis buenamente, ú os arranco á la fuerza á Luis y Margarita.

CONDE. Una vez que aun estais ansioso de sangre heridme á mí... pero nunca espereis reducirme á tan horrible traicion.

BARON. (*Enfurecido.*) Margarita está casada y es preciso hacerla viuda... lo ois?

CONDE. Jamás.

BARON. Rehusais salvar á vuestra hija? (*Remonta la escena.*) Oficial Lamoú... mandad que vengan veinte hombres mas. (*El paje aparece y se oculta para que no le vean los de la escena.*)

CONDE. Oh!.. no... yo me someto, os obedezco á la fuerza... dejadme á mi hija; Luis está oculto en ese pabellon... entrad y cogedle... Pero no, Margarita está á su lado y es preciso que no lo sepa.

BARON. Decidla que para salvar á su esposo es preciso que marche solo ahora mismo mientras las calles estan desiertas, mirad. (*Señalándole el bosque.*) Conducidle por ese subterráneo cuya puerta da á la muralla... allí tengo ya emboscados varios de los mios con los mosquetes en la mano, y no bien salga...

CONDE. No sigais... no sigais...

BARON. De este modo desaparecerá para siempre mi rival sin que se sepa qué mano le mató. En cuanto á Margarita, para convencerla la dareis este salvo conducto firmado por Tavannes.

CONDE. Hija mia, cuán cara me cuesta tu salvacion... oh! pero el crímen solo recaerá sobre vuestra conciencia.

BARON. Hablais de conciencia cuando se trata de matar á un hereje? llamais á eso crímen? en la hora de mi muerte estos que vos llamais crímenes me harán perdonar todos los demas que cometa. Ea, pues, os dejo solo... y no olvideis á vuestra hija. (*Vase con los soldados. El paje que todo lo oye se va por la derecha.*)

ESCENA VIII.

CONDE, *solo.*

Mi hija, Luis! Dios mio, Dios mio. Qué caro me haceis pagar mis deseos de venganza; entregar yo mismo al hijo de mi hermana, cuya salvacion ofrecí, en manos de ese verdugo? y no he de tener un medio para salvarlo? Oh! por qué no habrá muerto esta misma noche.

ESCENA IX.

MARGARITA, *y* CONDE.

MARG. (*Sale del pabellon.*) Qué hay, padre mio? se salvó ya mi esposo?

CONDE. (*Sin mirarla.*) Sí... sí...

MARG. Cómo... con que le podremos ocultar aquí?

CONDE. No, aquí no, es preciso que salga ahora mismo por ahi. (*Vacilando.*) Por ese subterráneo que da á la muralla; aquí está el salvo-conducto... toma... dáselo.

MARG. Y decís que con este pase se verá libre?

CONDE. Sí, hija mia... libre para siempre. (*Ap.*) Dios mio!

MARG. Cómo daros gracias, padre mio! Mi vida y la suya se emplearán en bendeciros. (*Se arrodilla.*)

CONDE. Margarita. (*Alzándola sin mirarla.*)

MARG. Oh! no.., no, vos sois digno que os hable de rodillas... de que bese vuestras plantas. (*Loca.*)

CONDE. (*A si mismo.*) Las fuerzas me faltan... no tengo valor bastante, tendré que decírselo. (*Alto.*) Hija mia!

MARG. Qué quereis, padre mio?

CONDE. (*Ap.*) Oh... no... no, de todos modos moriria. (*Vase.*)

ESCENA X.

MARGARITA, *y* LUIS.

MARG. (*Gozosa.*) Ya estás libre... Luis... Luis.

LUIS. (*Apareciendo.*) Qué oigo? será cierto?

MARG. Hé aquí el salvo-conducto.

LUIS. Cómo! con que tendré que abandonarte?

MARG. Este papel te abrirá paso por las puertas de la muralla.

LUIS. Partir sin tí... abandonarte cuando mas te necesito?

MARG. Será por poco tiempo... tu salvacion asi lo exije... además que no debo alejarme tan pronto de mi padre, nuestro salvador.

LUIS. Ni yo tampoco.

MARG. Mira que no solo espones tu vida sino la suya tambien... mira que está condenado á muerte el que oculte tu persona, y si te encuentran aquí, qué será de él? de nosotros?

LUIS. Gran Dios.

MARG. Luis, no hay tiempo que perder... mas tarde ese salvo conducto sería inutil... sal pronto, que en breve te iré yo á buscar.

LUIS. En breve has dicho?

MARG. Asi que hable á mi padre y me despida de él saldré de aqui para buscarte fuera de la muralla donde tú me esperarás, no es así?

LUIS. Cómo... tú sola bajar por ese subterráneo?

MARG. Tu recuerdo me dará valor, y sino le tengo nuestro fiel Enrique me acompañará hasta tu lado.

LUIS. Piensa, Margarita, que tu vida me pertenece.

MARG. Te juro que te seguiré... vete al punto. (*Se abrazan y se va Luis.*)

ESCENA XI.

CONDE, *y* MARGARITA.

CONDE. (*Apareciendo.*) No... no saldrá Luis, suceda lo que suceda. (*Viendo á Margarita.*) Margarita y Luis, dónde está?

MARG. Acaba de partir.

CONDE. (*Ap.*) Perdido para siempre.

MARG. Dentro de poco iré yo en su busca.

CONDE. Tú, hija mia?

MARG. Con esa condicion salió... juré acompañarle... con que asi padre mio... abrazadme y dadme vuestra bendicion... conozco que es una ingratitud abandonar á su padre y salvador en este instante... mas mi palabra está dada... Adios, padre mio... no me olvideis jamás.

CONDE. (*Fuera de sí.*) Oh, no saldrás de aquí.

MARG. (*Aterrada.*) Y por qué padre mio?

CONDE. Desgraciado... que he consentido? (*La coge.*)

MARG. Vuestra mirada me aterra, vos me ocultais alguna catástrofe... padre mio... yo quiero salir... necesito verle... soltadme... soltadme.

CONDE. Margaríta... hija mia... en nombre del cielo.

MARG. Oh! me habeis engañado... Luis no se ha salvado... dejadme... quiero morir con él. (*La suelta y al echar á andar se oye una fuerte dotonacion; Margarita cae desmayada gritando.*) Luis... Luis mio, yo te asesiné. (*Su padre la recoje.*)

ESCENA XII.

DICHOS, *y el* BARON, *seguido de varios hombres y con un velo negro en la punta de la espada.*

CONDE. Infame... qué habeis hecho?

BARON. Descubrir el retrato que ocultaba este velo negro... Ahora que Luis ha muerto... ya no existe deshonra en vuestra familia... tomad el velo que os infamaba.

CONDE. (*Sosteniendo á Margarita.*) Oh! salid de aquí... asesinos de mi hija... salid pronto!

BARON. (*Ap. yendose.*) Como querais... al fin quedé vengado!

MARG. (*Volviendo en sí.*) Luis... mi esposo... muerto, asesinado. (*En esto Margarita recobra fuerzas, se dirige al bosque y vé á Enrique caer.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, ENRIQUE, *y luego* LUIS.

ENRIQUE. No Margarita... mi vida salvó la suya. (*Espira en brazos de Luis que entró siguiéndole.*)

CONDE Y MARG. Luis vive!

LUIS. (*Abrazando el cadáver de Enrique.*) Sí, esposa mia, para vengar á Enrique.

MARG. (*Cogiéndole y abrazándole.*) Esposo mio, silencio.

CONDE. (*Estrechando á ambos.*) Esta noche saldremos de Paris.

FIN DEL DRAMA.